

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — ULTRAMAR: seis meses, 60 rs.; un año, 110. — Se suscribe en las

principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

EN EL PRADO. — POR PEREA.



Ella..... ¡Si lo verá mi marido!...
¡Me hace señas! ¡Qué imprudente!

El marido.. Oye, Luisa, ¿ese... perdido
es el vecino de enfrente?

LA MAS ENTRETENIDA. — POR PEREA.



Le dieron bromas noventa, — pero unas bromas terribles — que todo el Prado comenta. —
¡Y perdió dos imperdibles — y... aún no se marcha contenta!

EPISODIOS DE CARNAVAL.

ÁNTES DEL BAILE.

— Pero ¿á dónde quereis, hijas de mi corazón, que vaya yo con este reuma que me hace ver las estrellas, esta pierna coja que os va delatando, y esta destilacion que necesita tres docenas de pañuelos cada veinticuatro horas?

— ¡Al baile, mamá, al baile!

— Vamos, no seas así, que en tus tiempos...

— ¡En mis tiempos!... La verdad es que bailaba yo como una peonza, y vuestro padre — que esté en gloria — se decidió á casarse conmigo á consecuencia de un solo que hice en cierta tertulia, donde se bailaba el rigodon con todos sus puntos y comas. Si quereis nos quedaremos en casa y os contaré...

— No, mamá. Si ya nos lo has contado muchas veces.

— ¡Vamos al baile, vamos!

— Allí estará Vicentito.

— Y D. Ramon.

— Y Pepe.

— Y puede que como á papá con usted, nos suceda esta noche con ellos, y...

— ¡Ojalá! porque tengo unas ganas de veros casadas...

— Pues vamos, vamos pronto.

— ¿Y de qué vamos á ir?

— Mira, las de ahí enfrente van de cucurucho.

— ¡De cucurucho!

— Y podíamos formar una comparsa, ¿verdad?

— Bien, pero ¿de dónde sacamos ahora cinco cucuruchos?

— En el armario tenemos. ¿No te acuerdas que el año pasado fuimos...

— Sí, y el anterior: siempre vamos de cucurucho, y en seguida nos conocen.

— ¡Qué importa! La cuestion es hablar un rato, y si nos convidan á cenar...

— Mira, por si acaso no nos convidan, que será muy posible, voy á hacerme una jicarilla de chocolate.

— Mamá, que es muy tarde, vamos.

— Vamos, que se pasa la noche.

— ¡Aquí están los cucuruchos!

— Pero ¿y si no nos convidan y á mi me dá el histérico de la necesidad?...

— Mira, puedes hacer una cosa: échate en el bolsillo una onza de chocolate crudo y un currusquillo de pan. ¡Eh!

— Y si no nos convidan, te los comes cuando tengas gana.

— Eso es; y en pleno Teatro Real, saco mi onza de chocolate y mi currusquillo.

— ¿Y quién va á reparar...

— Vamos, vamos, deja que te ponga el cucurucho.

— ¿Y nada más?

— El manto. Esa es la ventaja de este traje.

— Toma la careta.

— Buena la voy á poner, con esta destilacion... ¡Ah! trae la onza de chocolate y el currusquillo, no se nos olviden, porque si no nos convidan, como espero...

— Aquí están.

— Pues vamos, ¿estais todas?

— Sí, sí, mamá.

LOS AFORTUNADOS. — POR PEREA.



— Chico, ¡qué suerte la mía! — ¿Pues y yo? ¡Fenomenal! — Me ha dicho que cualquier día...
— (Te van á abrir en canal.)

— ¡Ay! dame la mano, Inocencia, para bajar la escalera. ¡Jesús, qué chicas! Oye, dile á la Tomasa que no se duerma, y sino, mejor será que le atemos un cordel al cuello, y que saquemos un cabo por el ventanillo: así cuando vengamos no hay más que tirar...

— ¡Y ahorcarla!

— No, mujer, no vamos á tirar tan fuerte.

— Tomasa, Tomasa, ven para que te atemos.

— Aquí estoy.

— Ea, ahora duerme á pierna suelta.

— Que me traigan ustedes algun dulce, señoritas.

— Sí, sí (si los vemos).

— Vamos, vamos, niñas: Inocencia, la mano.

Y así, unas tras otras, salen de un cuarto tercero de cualquiera casa, y se dirigen al teatro de la Plaza de Oriente.

EN EL BAILE.

— Pero hombre, no empuje usted, que todavía hay noche, y no apagarán la araña hasta que usted entre.

— Señora, á mí me empujan...

— Pues serán unos groseros. ¡Habiendo señoras delante! Inocencia, dile á Cándida que no se adelante tanto, y que no se quite el abrigo hasta estar en el mismo guarda-ropa.

— Bueno, mamá.

— ¡Ah! Y Purita, ¿dónde está que no la veo?

— Entre aquellos pollos de barba. Como las llevan tan largas, la cubren.

— Sí, sí, ya la veo. ¡Adios, ya me han aplastado el cucurucho!

— Mamá, aquí hay un caballero que se ofrece á sacarnos la contraseña.

— ¿Está muy cerca de los encargados de...

— Sí; déme usted su abrigo.

— Ahí va, y el de Inocencia, pero...

Y el caballero que se ofrece, entrega los abrigos de la mamá y las cuatro niñas, y dá á la primera un pedacito de cartón.

— Ea, ya estamos despachadas. Vamos al salon, niñas. Dí, Cándida, ¿quién es ese caballero que se ha prestado...

— No sé, parece fino, me ha dicho que es corredor.

— Sí, andarin: de esos que en cinco minutos andan seis ó siete leguas.

— No, mamá, corredor de plaza.

— No lo entiendo, pero no me gusta, será muy corrido.

En este momento entran en la sala.

— ¡Ay! cuánta gente.

— Niñas, no os perdais.

— Aquél es Vicentito: vamos á darle broma.

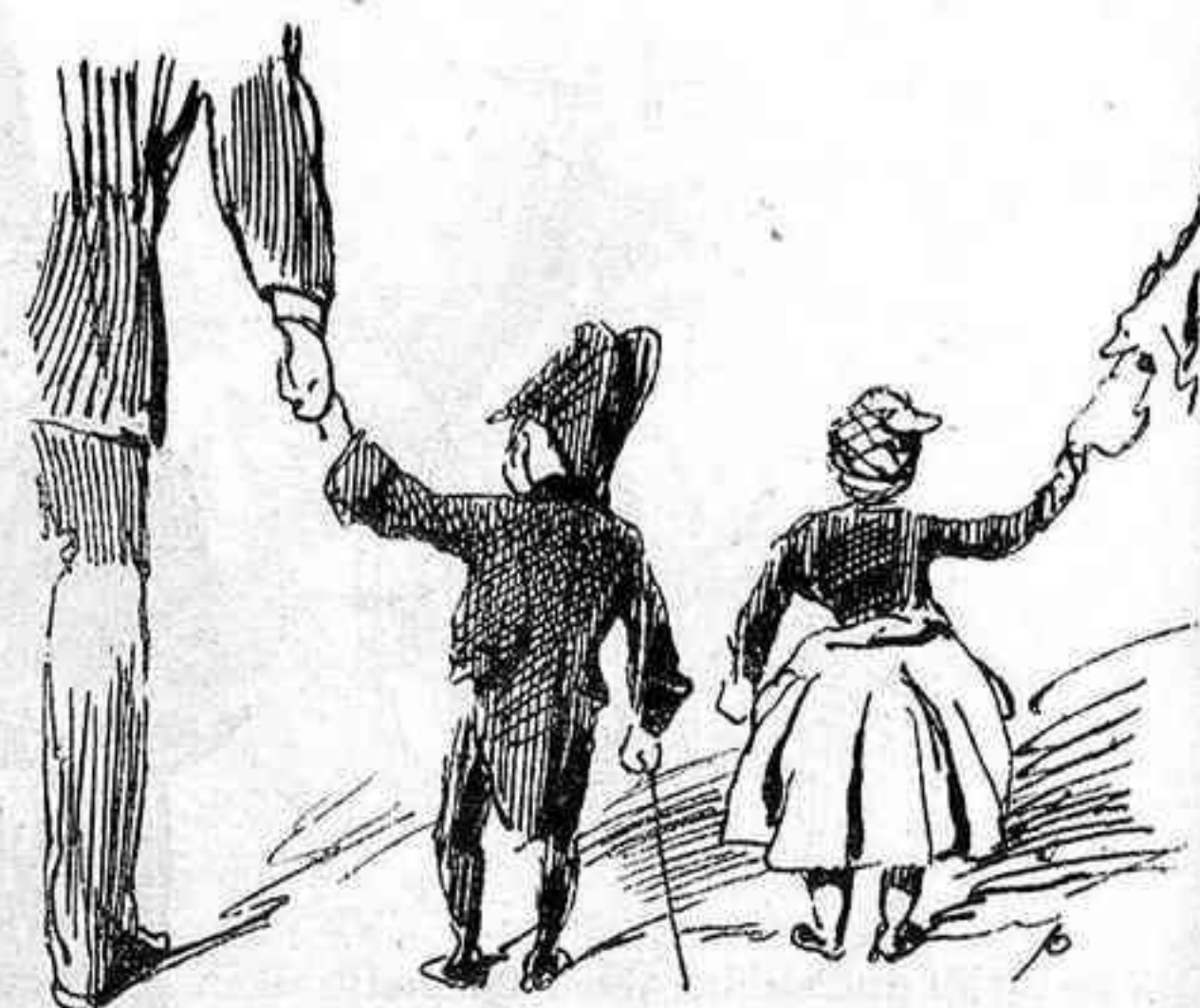
— Pero quedaos alguna conmigo.

— No, que nos va á conocer por tu cojera. En seguida volvemos.

REVISTA DE CARNAVAL. — POR PELLICER.



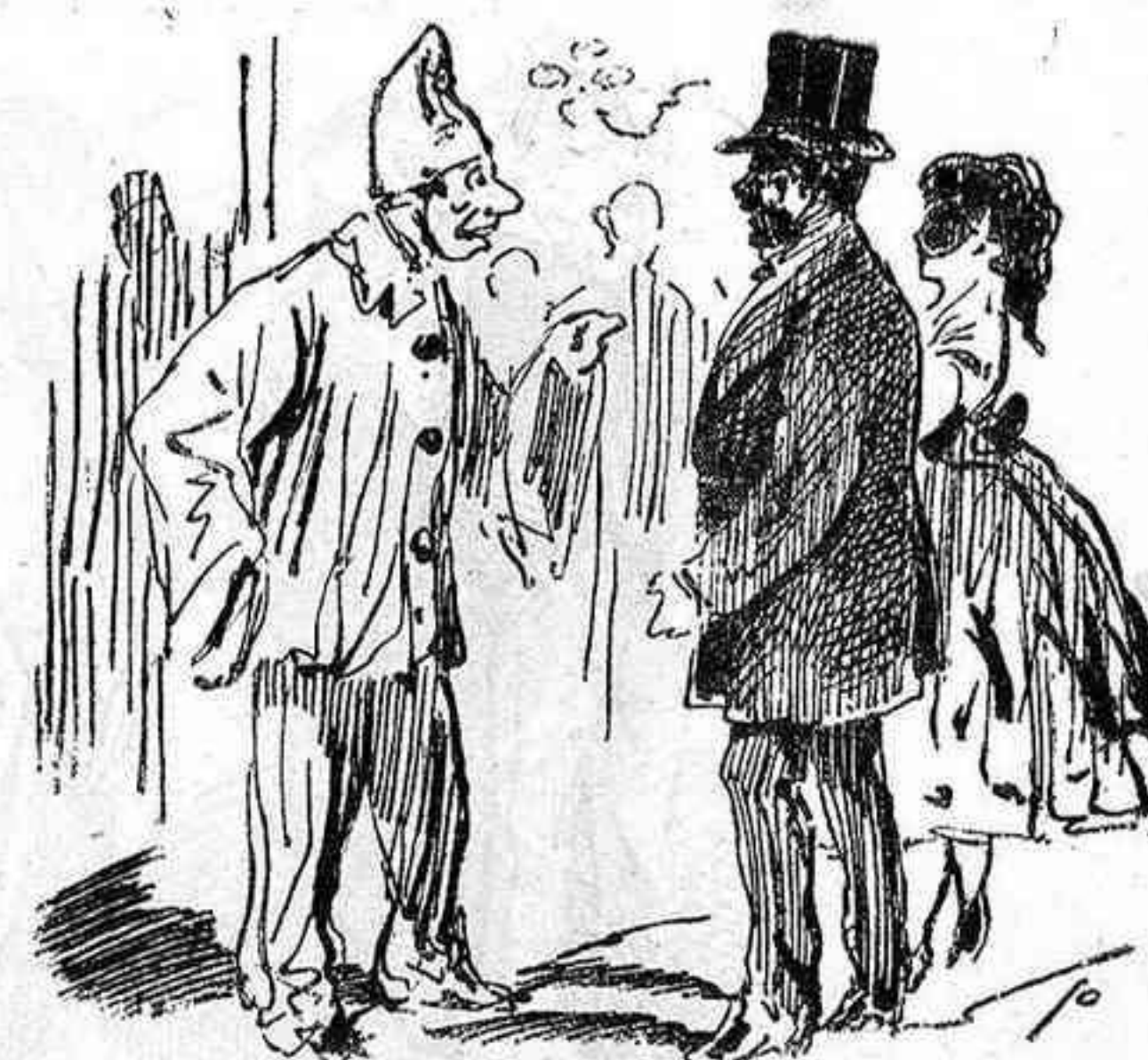
—Este Carnaval me lanzo...



El pecado original.



—Me ha dicho que subirá al estribo con traje de bombero. Me exigirá una contestacion. ¿Qué haré?



—Te felicito por la conquista que has hecho. Tú no debes ser de Madrid.



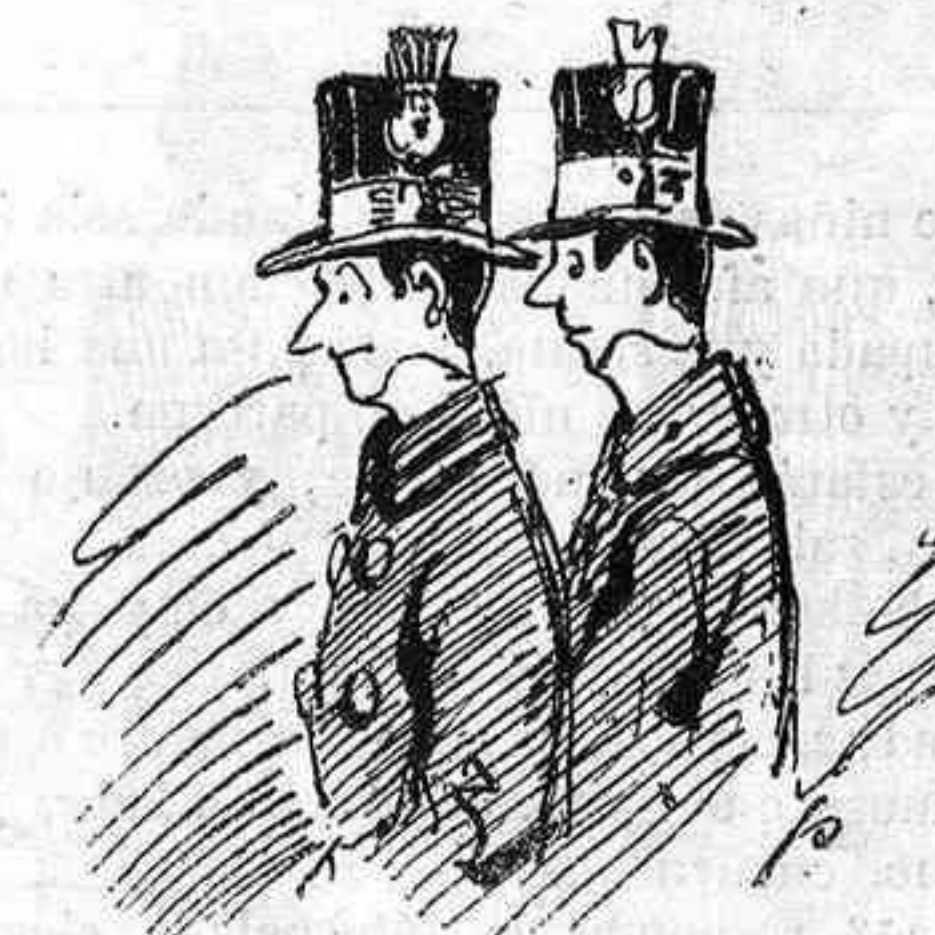
Lo de siempre.



Es forastero. No conoce á nadie, ni nadie le conoce. Y escribirá al pueblo diciendo que se ha divertido mucho.



—¡Qué perdido está el mundo!



Máscaras por obligacion.



—Huyamos. ¡Doce ingleses en tres minutos! ¡Cuando yo vuelva al baile de la Zarzuela!...



—Pero ¿per qué?
—Francamente. no me gusta perder á ningun hijo de familia.



—Esta noche riño con Eduardo.
—Pues entonces le diré yo que sí.



—¡Mi padre me pega una paliza, de seguro.
—¡Y cómo vuelvo yo á casa con estas cosas que me han sucedido!!!...

LA ESTUDIANTINA. — POR PEREA.



— Si coge usted un constipado — y es fuerte y no se domina... — Yo me llamo Juan *Callado*
— y ahora estudio medicina.

Y las cuatro niñas desaparecen, dejando sola á la pobre madre, que afortunadamente encuentra una butaca desocupada y se sienta. Y así pasa una hora, y luego otra, y otra, y las niñas no parecen.

— Vamos, estarán cenando, dice, y pronto me traerán dulces, salchichon, y lo que puedan.

Pero pasa la hora del descanso, y empieza de nuevo el baile, y las niñas no parecen.

— Diga usted, señora, dice la pobre madre á una beata voluminosa que está sentada á su lado, ¿ha visto usted unos cucuruchos?

— ¿De dulce? responde la interpelada alegremente.

— No.

— ¡Ah! creí que los tenía usted, y se los habían escamoteado.

— Pues no; me refería á mis niñas, que no las veo hace mucho rato.

— Ni yo á la mía, y lo siento, porque me estoy cayendo de necesidad. Traía un pedacito de salchichon por si acaso, y con el barullo se me ha perdido, ó me le han quitado.

— Qué, ¿también aquí roban? Aguarde usted, aguarde, á ver si á mí me han... ¡como en ello se contiene, me han divertido!

— ¿Qué le pasa á usted, señora?

— Nada, que yo también traía una onza de chocolate y un currusquillo, y... ¡volaverunt!

— Pues déme usted la mano.

— ¿Para qué?

— Para nada.

— ¿Pues á qué me la pide usted?

— Señora, quiero decir que estamos iguales.

— ¡Ah! ya caigo. Y gracias á Dios, aquí están mis

niñas. Pero ¿qué veo? venís sin cucuruchos: ¿os los habeis dejado quitar?

— No, mamá, sino que con el barullo...

— ¡Ay, mamá, qué apreturas!

— ¡A mí me han deshecho!

— Pero ¿cómo venís sin cucuruchos? Explicadme... explicadme.

— Pues es muy sencillo.

— ¡Ah! Pero no vendreis sin alguna cosilla, porque á mí me han quitado las provisiones... vamos, ¿qué traéis?

— Nada.

— Nada. ¿Y despues de tres horas y sin cucuruchos?

— Pero si nosotras tampoco hemos cenado.

— ¡Entonces, bonita noche!

— Y qué quieres, ¡si no se han corrido ni con un chocolate!

— ¡Uff! ¡Qué hombres, qué hombres tratais! Ea, vamos.

— ¿A casa? ¿Sin cotillon?

— Sin cotillon, y sin cenar, y sin nada, vamos.

— ¡Mamaaa!

— Vamos, he dicho.

Y unas tras otras salen del salon, y se dirigen al guarda-ropa.

DESPUES DEL BAILE.

— ¡Eh! ¡Mozo, mozo! Déme usted mis abrigos.

— Aquí no hay ningun mozo. ¿Se le figura á usted que esto es un café ó una esquina?

— ¡Ay! Hombre, no sea usted tan picajoso y déme los abrigos, porque nos estamos helando.

— Déme usted la contraseña.

EL PREDESTINADO. — POR PEREA.



—Es un marido escamado—que vigila á su mujer—y sale con gorro al Prado—por no darse á conocer.

—Ahí va. ¡Adios, ya me he constipado otra vez!
 —¡Pero, señora! si esto es un pedazo de carton.
 —¡Qué, qué dice usted?
 —Que esto no sirve para nada.
 —¡Cómo que para nada, si me la ha dado un caballero, un corredor!
 —Pues dígaselo usted á él, porque aquí no hay número, ni cosa que lo valga.
 —¡Ay! ¿Y nos vamos á quedar sin abrigos?
 —No haber sido tontas.
 —¡Deslenguado! ¿Qué es eso de tontas?
 —Ea, déjeme usted, porque tengo que despachar á mucha gente.
 —Pero ¿y mis abrigos, mis abrigos? ¿Nos vamos á quedar sin ellos?
 —Señora, en este Madrid no hay que fiarse, porque hay mucho tuno...
 —Y usted el primero. Sí, usted el primero. ¡Deme usted mis abrigos! ¡Aquí roban los abrigos!
 Y crece la confusion, y vienen unos municipales y... la mamá y las niñas se quedan sin abrigos, porque el corredor era un industrial que se los ha llevado.
 —Vamos, vamos á casa, y poneos los vestidos por encima de la cabeza para no coger una pulmonia. ¡Jesús, qué noche, qué noche! ¡Sois el mismo demonio!
 —Pero mamá, ¿nosotras qué culpa tenemos?
 —Toda, toda. ¡Si no os hubiera hecho caso! ¡Ah! Y teneis que decirme, sin mentir, cómo ha sido la pérdida de los cucuruchos, necesito saberlo: pero ¿por qué os parais, qué gente es esa?

—Es un grupo que rodea á un hombre que dicen que ha cenado fuerte y le ha dado un cólico espantoso, y en mitad de la calle...
 —¡Ay! dichoso él. ¡Quién tuviera un cólico! Pero ¿por qué os parais otra vez?
 —Es que hay mucha gente en la puerta de casa.
 —¡Ay, Dios mio, me habrán robado! Esto sólo me faltaba.
 —Mamá, mamá, estos municipales nos quieren llevar presas.
 —¿Cómo se entiende? ¡Presas nosotras! ¿Por qué, por qué?
 —¿No viven ustedes en el tercero?
 —Sí, señor, ¿y á usted qué le importa?
 —Méenos humos, señora, y venga usted á la prevencion.
 —Pero ¿por qué, por qué? ¡Ay cómo está la España!
 —Mamá, dicen que los estudiantes del sotabanco, han visto al subir la punta del cordel que hemos dejado fuera del ventanillo...
 —Y qué, ¿qué tenemos nosotras que ver con eso?
 —Nada, pero dicen que han empezado á tirar por broma, y han ahorcado á la Tomasa.
 —¡Ay, Dios mio! ¡Que me dá el histérico!...
 —Y la justicia está arriba, y lo han descerrajado todo, y puede que nos ahorquen tambien.
 —¡Ay! ¡ay! yo me muero...
 —Ea, no se muera usted tan pronto, y síganos á la prevencion.
 —¡Pues señor, noche completa!

Constantino Gil.

LO DE ESTOS DIAS...

En el jaleo fino, que hoy se prepara, veremos, como siempre, caras divinas; pollas que por lo feas tapan su cara, y músicas, comparsas y estudiantinas.

Algunos capuchones muy pensativos; máscaras de los coches en los estribos en camisa ó en otros paños menores; niñas que han de ponerse de mil colores en las sillas del Prado y en Recoletos, al escuchar las bromas inconvenientes, que las darán, al paso, varios sujetos poco prudentes.

Máscaras muy bonitas y mascarones; maridos escamados; bromas pesadas; bastantes atropellos y pisotones, y dos ó tres docenas de bofetadas. Celosos y traidores; varias mujeres

puestas de veinticinco mil alfileres; dominós que dan dulces y confituras; pollitas que se meten en apreturas; palabras que producen varios efectos; desmayos de señoras impresionables; muchos vestidos rotos, y desperfectos incalculables.

Casaditas que pasan la noche en vela acudiendo á los bailes de tapadillo; señoritas sensibles, que en la Zarzuela se atracan de raciones de solomillo.

Primos en todas partes; tacto de codos; relojes que se roban de varios modos; coches en fila, coches con papeletas, que se adquieren por unas cuantas pesetas; y en fin... mil tonterías que se convierten en constipados y otros males de pecho... ¿y así dicen algunos que se divierten? pues... ¡buen provecho!

Ricardo Sepúlveda.

SECCION DE ANUNCIOS.



Prestamista; Pez, ochenta, todo lo admite en fianza, ménos papel del Estado porque es un papel de estraza.



Es soltero, algo tronado, pero todo un guapo chico: quiere hallar una... persona para estar entretenido.



Gran surtido de caretas, buenas, bonitas, baratas, alegres y compungidas... ¡y también las hay con astas!



Por dos duros, mis botellas dan *sprit*, valor, talento, y triunfan de esas virtudes; pues!... de poco más ó ménos.